

II

Se ha metido el frío
esta madrugada de junio.
El olor de los desagües
augura un cambio de tiempo.

Casi a oscuras
he abierto la puerta
al perro canalla que no me deja dormir.

Ante el café ritual
he encontrado a un ciudadano triste
escribiendo sobre ángeles blancos,
un libro de tapa azulada
con una mujer ensimismada
con largas piernas apoyadas
en un enorme muro de rocas.

Entran los primeros rayos de sol
y tapizan de luz
objetos, muebles, estancias y pensamientos.

En el libro azul
todo es demasiado negro
para ser verdad,
o demasiado blanco
para ser hermoso.

Afuera,

aparece tímida una tenue luz sesgada
sobre el pequeño huerto (situacionista)
iluminando cada una de las plantas
por turno.

Brota tranquilo

un sol de ámbar
entre las copas de los cipreses,

su luz
se derrama lentamente por el jardín
despertando verdes, naranjas, amarillos,
en una gama inabarcable

no hay aquí negros, ni blancos,
ni tampoco grises
ciertos o inciertos.

¡Qué lejos la ciudad gris!
la ciudad de los otros

¡Qué lejos!
las turbamultas de madrugada
y el camión de la basura

—siempre tuve miedo
de que una noche me llevara—

¡Qué lejos!

los poetas grises y sus gatos sucios,
los dogmas y sus predicadores,
los clasificadores de vidas y sus voceros,
la sospecha permanente
y el aplazamiento continuo de una vida
sin cultivadores de miedos,
ni usurpadores de sueños.

Ahora

vivo en una extraña espera,
en un transcurrir sin medida
donde lo que menos importa es mi voz.

Este mundo

de infinitas relaciones elevadas al infinito
me silencia,
y desde ese silencio encontrado
observo y siento
con precisión y nitidez
la relación de lo grande y lo pequeño,
de lo oculto y lo evidente,
las relaciones encadenadas de todo con todo;
el cosmos particular de cada ser,
del perro, de la tórtola,
de la avispa, la mosca, la brizna
o la palmera enferma,
el mundo que habito
lo que transita.

Respiro hondamente
y me diluyo en el entorno,
y soy probablemente mirada,
únicamente mirada

y así certifico
que ha crecido
una hermosa morera silvestre
sobre el pozo negro enterrado.

Hay más misterio
en cada brote de este árbol,
que en todas sus catedrales;

en él confluyen
el mismo dios de tantas religiones,
el aliento vital de los taoístas,
y el sol luminoso y veraz
de los ácratas venidos a menos.

Cada atardecer
recorta su sombra
sobre la pared poco blanca
de la casa de mi padre,
una luz rosa-fuego
lo invade todo
en un acontecimiento inefable,

hermoso, a veces sublime,
de sentir oceánico.

Todo es misterio
y a la vez
relación clara, sencilla, transparente:
un pozo negro, una morera silvestre,
una pared poco blanca,
un pequeño huerto (situacionista),
más estético que necesario,
y los rayos de un sol cansado.

Nada crece o vive porque sí,
plantas, animales, nubes y vientos
se conforman en base a infinitas relaciones
y cadenas de acontecimientos.

Todo está en todo
y yo lo vivo y lo construyo,
y soy piedra, y soy nube,
soy pájaro gozoso bañado en tierra,
soy espacio constelado
en una espera tranquila, paciente,
una espera sin objeto,
de sentido pleno.

Ciudad de los otros, Sophia de Mello Breyner Andresen, *Geografía* (1967).